

**MIRADAS DE IBEROAMERICA 2020”: CONCURSO INTERNACIONAL DE ENSAYOS
SOBRE DIGNIDAD Y MIGRACIÓN**

Título del ensayo:

**Palabras, tabúes y trascendencia:
pensamientos de un colombiano en Uruguay**

Categoría:

Ensayo libre

Seudónimo del autor:

Kamus El Colombia

Montevideo, 2020

**Palabras, tabúes y trascendencia:
pensamientos de un colombiano en Uruguay**

por: **Kamus El Colombia (2020)**

Existen en el Uruguay dos tradiciones musicales antiguas, profundamente enraizadas en la sociedad y su carnaval local: el candombe y la murga. Ésta última en particular tiene más de un siglo de existir en el Uruguay, y aunque tiene características específicas que la definen (en lo musical, lo grupal, lo teatral y lo visual), tiene la particularidad de renovarse cada año tomando como referente las transformaciones que ocurren en la sociedad, en la cultura, en el arte y en la cotidianidad.

Yo soy colombiano. He sido músico desde niño y profesor de música durante poco más de un tercio de mi existencia. La música tradicional y popular de mi país fue siempre mi campo de aprendizaje, acción, trabajo y enseñanza. En la conjunción de esos caminos tuve la oportunidad de conocer el Uruguay y sus músicas en el año 2009, conectando de manera especial e inesperada (pero completamente intuitiva) con la murga, su repertorio, sus agrupaciones y su contexto. Ese interés (intelectual, musical y emotivo) fue acrecentándose y fortaleciéndose progresivamente con el pasar del tiempo, invadió varios aspectos y espacios de mi existencia en Bogotá, y en el transcurso del año 2018 fui comprendiendo que debía darme la oportunidad de vivir durante un tiempo en el Uruguay, para buscar respuesta a muchas preguntas que rondaban mi cabeza y mis emociones. La opción de vivir en Montevideo y conocer de primera mano la murga como hecho artístico (además de ir conociendo en ese trayecto lo que construye a la murga desde la sociedad montevideana y, con algo de suerte, hacerme murguista yo también para aprender desde adentro) se fue fortaleciendo poco a poco y al final, con mucha emoción, miedo, incertidumbre y alegría, fue la decisión que tomé para mi existencia:

Dejar el hogar de mi madre y mi padre, e irme a vivir a otro país movido por el amor a su música tradicional y popular.

Todo a la vez.

Hoy ha pasado ya un año y medio desde aquel martes 13 de marzo de 2019 en que me vine a vivir a Montevideo, con el objetivo principal de hacerme cargo de mi propia vida y de mis sueños. Lo que quisiera compartir en éste ensayo, más que una crónica de mi experiencia o una bitácora de viaje, es una brevísima colección de pensamientos sobre lo que ha sido vivir durante éste último tiempo como migrante colombiano en Montevideo, como profesor de música, y ante todo como músico con pretensiones amplias de ser murguista y aprender todo lo que pueda de ese oficio y de su gente. En particular hablaré del uso de la palabra, como factor que me ha cuestionado ampliamente en mi proceso de adaptación a éste contexto.

Ante todo, quiero aclarar que no quisiera ofrecer respuestas concretas o acabadas a ninguna de las preguntas que plantearé. No busco eso aquí, ni en este momento de mi viaje ni de mi experiencia. Me quedo contento con exponer y compartir mis inquietudes,

esperando que sean del provecho de personas que se encuentren en condiciones parecidas a las mías.

Palabras

Una de las cosas que siempre admiré de la sociedad uruguaya y de la que estoy aprendiendo mucho en el presente es la manera de tejer la palabra, de conversar, de decirse las cosas siempre con una claridad y una precisión sin concesiones, ornamentos o formalidades. No tiene tanto que ver con los regionalismos, como si con la manera de enunciar las ideas y tejer los múltiples niveles de diálogo. Sin embargo, una cosa es admirar esto desde afuera, y otra cosa es aprender a relacionarse igual (o lo más parecido posible en todo caso), entendiendo que dichas maneras subyacen y atraviesan también a la murga, y que además éste aprendizaje puede facilitar también la adaptación como migrante a la sociedad montevideana.

Creo que el primer impacto que uno recibe de la forma de hablar de la gente de Uruguay es el volumen de la voz. A primera impresión puede parecer que la regla común, o al menos la más frecuentada, es hablar a un volumen fuerte en cualquier ámbito de la existencia: dentro de la casa, en el transporte público, en el trabajo, en una reunión de amigos, en los comercios, ferias de mercado o en cualquier parte. Si a esto se le suma lo que mencionaba previamente respecto a las maneras de comunicar una idea, el resultado más seguro (y algo atravesado por los prejuicios, quizás) será pensar que la gente uruguaya se relaciona de maneras un tanto agresivas o tal vez demasiado directas. Esto contrasta con la impresión que los locales se llevan de la mayoría de migrantes provenientes de países cercanos al Mar Caribe (y por lo mismo, reconocidos comúnmente como “caribeños” aunque en algunos casos hayamos nacido a kilómetros de distancia de ese mar) sobre el suave volumen que utilizamos para hablar, o las maneras corteses (a veces demasiado) que empleamos para expresar una idea, pedir un favor o interactuar en la vida cotidiana. Al respecto suelen decirme cosas como “ustedes los colombianos son muy respetuosos, muy corteses”; incluso en alguna situación, seguramente atravesada por algún partido de cuadros locales de fútbol, al espetar alguna emocionada ovación o cuestionamiento a la transmisión televisada, un amigo miró mi cara de sorpresa y exclamo: “para que veas como se dicen las cosas aquí, colombiano... ¡al hueso!”.

Pareciera que la premisa tácita en ésta manera de comportarse fuera decir absolutamente todo lo que se piensa sin guardarse ninguna idea, argumento o respuesta. Incluso si ello implica interrumpir ocasionalmente al interlocutor para reafirmar las ideas todo lo que se pueda, para que los pensamientos queden claramente expuestos, en cuyo caso hablar a un volumen fuerte (en mi concepto, claramente) ayuda mucho a redondear las ideas. Pero si esto es así, ¿implica que el nivel de escucha al interlocutor es el mínimo posible porque lo más importante sería hacerse entender? ¿No sería esto medio impositivo? ¿No implicará que entonces puede que los diálogos de aquí siempre queden a medias, dado que lo importante siempre va a ser la defensa de las ideas propias más allá de escuchar las ajenas? Muchas veces me he preguntado si esto es así, y tengo muy presente la sensación de incomodidad que me atraviesa cuando percibo que hay discusiones que parecen no llegar a ningún fin, en donde pareciera ser que todos hablan al mismo tiempo y que a ninguno le interesa mucho escuchar, pero si hablar fuerte (reitero, en mi concepto). ¿Será

que la cosa es al revés, y al que le interesa no expresarse tan ruidosamente es a mí? ¿Será que solo yo percibo esto? ¿Con qué prejuicios, preconceptos o paradigmas propios me están enfrentando?

A partir de esas primeras impresiones, decidí observar lo que subyace a esas formas de dialogar y tratar de entenderlo desde todas las ópticas posibles, intuyendo que al ser algo tan común no podía estar atravesado por algún patrón de agresión o imposición, ¿acaso una sociedad se puede construir a partir de estarse superponiendo permanentemente con la palabra?

Palabras y tabúes

Intentando una respuesta posible (y provisoria, claro está) para resolver ésta inquietud, me he ido encontrando en uno de los tabúes que me habitan y que residen en el trayecto histórico de nuestros países:

En Colombia nos enseñan a tener miedo. En general.

No es explícito, pero nos lo enseñan de muchísimas maneras. Miedo a cuestionar tus primeras figuras de autoridad, es decir a papá y mamá. Miedo al castigo del profe, si te comportas mal. Si creciste en un hogar católico, es el miedo a blasfemar, pecar, tener pensamientos negativos, etc. (justo ahora recuerdo una de las premisas fundacionales del catolicismo, el famoso “temor a Dios”). Miedo a los políticos, a las altas figuras del poder y la ostentación, miedo a las figuras policiales y militares de autoridad, seres inaccesibles cuya palabra define tu destino. Miedo a los extraños. Miedo a decir lo que se piensa, con claridad. Miedo a la reacción que tome la otra persona al escuchar tu opinión. Miedo a experimentar, a arriesgarse. Miedo a salir de la zona de confort. Miedo a todo.

Al final, miedo a uno mismo. Quizás ese sea el más grande, y el más difícil de vencer, porque todo ese miedo construido desde tu entorno hacia ti, hace que incluso comiences a alejarte poco a poco de tu esencia. ¿Habrán quienes se olviden de su propia esencia en algún momento? ¿A qué llevará eso?

No quisiera que se entendiera todo lo anterior como un descargo de culpas contra mi entorno inmediato de familia y amigos, porque de hecho es mucha la gratitud que tengo con muchas personas en Bogotá. Muchísima. De hecho, propongo que se entienda como un ejercicio de comprensión de uno de los factores que desde mi punto de vista construyen “la colombianidad” a partir que lo que nuestros colonizadores invadieron, nuestros próceres cimentaron y nuestros gobernantes impulsaron o sepultaron en la indiferencia y la demagogia. Por supuesto, también contra toda la sociedad que avaló esas formas de construcción de país. Para mi (y puedo estar errado), algo fundamental para entender por qué hemos sido criados a través del miedo es la fuerte presencia e incidencia histórica de la religión católica en Colombia, país que a pesar de profesarse “laico”, aun hoy acepta ampliamente la influencia de los preceptos eclesiásticos en muchos niveles de la política y la sociedad, y a pesar de que hoy en día se ejerce una amplia libertad de cultos, son muchos los códigos de obediencia, temor y corrección política los que nos habitan.

Lo anterior contrasta fuertemente con la separación de la iglesia y el estado que rige en el Uruguay desde hace más de un siglo, y que genera situaciones tan inusuales a la mentalidad colombiana como que haya personas de la tercera edad que abiertamente demuestren desprecio por cualquier objeto, situación o persona relacionada con el catolicismo. O también que sea perfectamente normal (e incluso mayoritario) no profesar ninguna creencia cristiana ni estar al tanto de oraciones, rituales o situaciones vinculadas a la religión, muy normalizadas en el contexto colombiano. Cosas así resultan, además de inusuales, muy cuestionadoras para quien ha sido criado toda la vida con la premisa de “temer a Dios”, ¿pues cómo es posible que exista un país sin ese temor ni esa creencia? ¿Y qué tendría que ver con aquello de usar la palabra sin límite ninguno, incluso superponiéndose al interlocutor en ocasiones? De hecho, ¿no es eso irrespetuoso?

Palabras, tabúes, encuentro de visiones

Unos días antes de entregar éste ensayo, y después de recopilar muchísimas ideas para su escritura, viví una de las situaciones más lindas y esclarecedoras respecto a ésta inquietud en el salón del grado 6^{to} (último grado que se cursa en el ciclo primario de la escolaridad uruguaya) del colegio donde trabajo actualmente.

En un momento la clase se desordenó, y yo les pedí un momento de silencio para comentarles que estaba bueno parar para ordenarnos un poco, porque a mí me incomodaba en el salón eso que tenían los uruguayos (y por ende, ellos también) de hablar unos encima de otros sin escucharse. Ellos aceptaron mi llamado, pero una de las niñas del grupo levantó su mano y me dijo “profe, eso no es de uruguayos, no somos así”. Le pedí que me explicara, y en ese momento ella comenzó a explicarme desde su visión, otra compañera la complementó con otra idea y otra visión, otro compañero hizo lo mismo sin interrumpir, solamente esperó su momento para compartir su idea... Y así, poco a poco, hablando muy claro y sin superponerse, en uno de los momentos más lindos que recuerdo haber vivido como docente, 8 o 10 niñas y niños me demostraron a su manera que no se trata para nada de hablar sin escucharse, sino todo lo contrario.

Existen muchos niveles posibles de charla, y la clave está justamente en decir lo que pienso, con mucha claridad, pero también con mucho respeto. Es ejercer el derecho a la palabra, inherente y fundamental en cada ser, para poder expresar las ideas al momento. Guardarse las ideas o guardarse las cosas que nos molestan “no juega” al decir de la gente de aquí. Es decir, no está bien. Pero tampoco se trata de rebasar los límites del odio o de la agresión para canalizar lo que nos duele o para hacerse respetar. Más bien, es jugar todo el tiempo a encontrar formas para hablar desde el amor (pero con total claridad y sin adornos o formalidades innecesarias) de lo que nos gusta y de lo que nos molesta, para crecer permanentemente como personas o colectivos humanos.

En esto radica una clave fundamental, que quizás no se pueda percibir a la primera. No se habla fuerte y claro solamente para expresarse. Hay algo aún más importante: escuchar al otro. Escuchar para entender. Para construir en equipo. Para no sentir soledad. Para entender la diferencia sin juzgar, aprendiendo siempre. Y también por ese camino, aprender a responder con claridad, pero con respeto: aquí a eso se le dice “retruca”. Y la gente retruca todo el tiempo. No se conforman con una sola visión de las cosas. Buscan todas las

que sean posibles para entender, en todo momento. Y debo decir que, siendo migrante e intentando involucrarme en ambientes muy locales (justamente como el de la murga), he encontrado mucho acompañamiento desde ahí, desde sus propias formas de interactuar. No se trata de que yo me adapte completamente a ellos, o viceversa. Se trata de equilibrarlo. De escucharnos para entendernos. Y siempre desde el afecto me están “buscando el quiebre”, es decir, conversando, argumentando, discutiendo, controvirtiendo.

Justo lo que quería aprender del Uruguay estaba ahí. En el día a día.

Y no solo en la murga.

Pero existe algo que de hecho si les molesta aquí, y es el silencio. Otro recuerdo que guardo, muy claramente, es estar una vez en la cocina de casa compartiendo con uno de sus habitantes cuyo tono de voz y forma de conversar en ocasiones puede ser muy fuerte y generar miedo, no por las palabras o las formas, sino justamente por el tono. No recuerdo de qué estábamos hablando, pero si recuerdo bien que él me dijo algo a lo cual no me animé a responder para no generar controversia (aquel tabú apareciendo otra vez), y me silenció. Él lo notó, y rápidamente, con afecto, exclamó: “¡no te quedes callado, discúteme, quiero saber que pensás!”.

¿Animarse a hablar claramente podría ser un tabú? ¿Será que la censura de mi propia palabra soy yo? Últimamente me he llegado a preguntar eso, porque esa respuesta que me dio aquél compañero esa vez, es prácticamente la misma que todas las personas de éste país me han dado frente al hecho de silenciarme. La gente de acá me habilita la palabra, con respeto y atención, para decir lo que pienso. Quizás sea yo mismo entonces quien se estaba censurando, porque no entendía lo importante que es darse la licencia de hablar, así como de escuchar. De entender que una parte importantísima del amor propio reside justamente en no guardarse las cosas. Hablar para desahogar el alma. No escudarse en la diferencia como excusa o salvoconducto. Entender que somos diferentes, que ahí está lo desafiante y lo hermoso (a la vez) para entender al otro, para entender-se. Y que decir las cosas NO ESTÁ MAL.

Arriesgarse, animarse: trascender el tabú, encontrar-se

Recuerdo que fueron muchas las veces en las que anhelé tener mi propio lugar, mi rinconcito, aquel paraíso donde vivir sin ser molestado, donde poder ser y existir sin temores, represiones o cuestionamientos. Nunca imaginé (aunque ciertamente lo intuía) que podía ser Montevideo a través de la murga. Y tampoco llegue a imaginar era que, al conquistar y comenzar a habitar ese espacio propio, el desafío más grande iba a ser el hecho de trascender mis propios prejuicios, preconceptos, miedos, y tabúes. Mas que de la sociedad, de mi mismo. De ser colombiano. De ser gay (y ésta sería la primera vez que lo enuncio “públicamente”, sin temor alguno). De hablar en un acento diferente y juzgarme por ello. De no entender algunas cosas y autocastigarme por ello. De haber pensado que aquí hablaban a los gritos siempre.

Culpa, culpa, miedo, siempre.

Cuando me preguntan qué es lo que pienso o siento de la experiencia de vivir aquí, siempre digo (infaltablemente) que es gratitud. Mucha. Por todo lo que he entendido, lo que he aprendido, y lo que me queda por aprender. Por irme liberando poco a poco del miedo y de la culpa que había traído en mi equipaje, por aceptar esos sentimientos como parte de mi ser para irlos transformando poco a poco en cosas más positivas.

Tengo clarísimo que aún es mucho lo que me queda por aprender, que no hay aquí ninguna conclusión acabada y que hay mucho por explorar, pero al decir de la gente uruguaya, “estoy pa’ esa”. Es más: para finalizar éste escrito quisiera citar un pequeño conjunto de frases que me suelen decir muy a menudo en diferentes espacios y en diferente orden, qué en conjunto, y a mi modo de ver, resumen lo que he aprendido hasta el momento, lo que se viene por aprender, y lo que debería ser inherente a cada ser humano en el planeta:

**Los uruguayos somos hijos del rigor. Pero por más de que se pongan reglas, las transgresiones existen y hacen parte del ejercicio de ser. Y estamos todos pa’ esa.
Hay que disfrutar del presente. Siempre. Sin autojuzgarse.**